

Gral. Cauz, Calle del Niño Perdido

Las fuerzas de que disponía el gobierno en esa fecha, según informes fidedignos, se componía de algunos gendarmes montados, el personal de artillería que permaneció fiel al Sr. Madero, los Batallones 16, 25, 42, 20, 38 y 11, sin contar con el grueso número de fuerzas rurales adictas, que el Sr. Madero concentró rápidamente en la Capital.

El Gobierno tenía por precaución un depósito de parque en el edificio de la antigua Aduana de Santo Domingo, y dio órdenes para que fuera trasladado inmediatamente a Palacio.

Se esperaba, además, un cargamento de parque procedente de Veracruz.

El depósito de Santo Domingo ascendía a dos millones de cartuchos. Existía también allí una pequeña cantidad de granadas.

Espía detenido.

A las once de la mañana fué detenido en la Ciudadela un individuo a quien por su conducta sospechosa se consideró como espía del Gobierno.

Los sublevados lo registraron y le recogieron dos pistolas y una navaja de grandes dimensiones.

Al ser interrogado por el Sr. Gral. Mondragón, a quien se dió cuenta de lo que pasaba, incurrió en muchas contradicciones, no pudiendo explicar satisfactoriamente su presencia allí, por lo cual el jefe rebelde ordenó que se fusilara inmediatamente al sospechoso, para escarmiento de los demás que pudieran haberse incorporado en las filas.

El infeliz suplicó tanto, que el Sr. Gral. Mondragón, conmovido, aplazó la ejecución hasta que se obtuvieran datos más seguros sobre las intenciones del prisionero.

Desperfectos y Desgracias.

Al retirarse las tropas de la calle de Nuevo México, algunos rateros aprovecharon la oportunidad para saquear los estanquillos y las miscelaneas que existen por ese barrio.

Una bomba disparada por los cañones de la Ciudadela atravesó de parte a parte una casa de tres pisos situada en la Avenida de los Hombres Ilustres, y otra causó grandes destrozos en la torre del Templo de San Hipólito. La pequeña cúpula de la parte septentrional del mismo templo fué casi desecha por una granada, y las vidrieras de las ventanillas se encuentran acribilladas a balazos como si se hubiera dirigido sobre ellas el fuego de una ametralladora.

En la Rinconada de San Diego sufrieron enormes destrozos las casas números 13, 15 y 17, situadas frente a la batería felicista emplazada en la calle de Balderas.

El Hospital Juárez sufrió igualmente serios desperfectos.

Desde las diez y media empezaron a caer en el edificio algunas granadas que pusieron fuera de servicio a varios miembros del personal de la institución.

Entre los heridos ese día se contaron el Sr. Dr. Rafael Dávila y los practicantes Vidal González, Carlos M. Vela, Carlos Hesless, Manuel Huesca y José Arellano.

En las calles del Sol, Magnolia, Moctezuma y Mosqueta cayeron también algunas granadas.

Conferencia con el Sr. Gral. Félix Díaz.

Durante la tregua del lunes 10, un repórter de "The Mexican Herald" logró entrevistar al Sr. Gral. Félix Díaz, quien le manifestó que algunos jefes y oficiales que le habían ofrecido su cooperación para el movimiento, cambiaron de opinión en los momentos críticos y se pusieron resueltamente del lado del Sr. Madero, olvidando sus compromisos.

A ellos se debe—dijo el Sr. Gral. Díaz—la lamentable muerte del Sr. Gral. Reyes y la sangre que se ha derramado. El movimiento fué organizado para llevar a cabo, sin graves trastornos, el cambio de la situación política del país, mediante la renuncia inevitable del Sr. Madero y su gabinete; pero la conducta de los jefes y oficiales a que me refiero dió un giro inesperado a los acontecimientos que no podría decir cómo se resolverá.

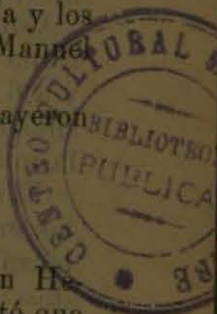
Las bajas del día 11.

Es imposible precisar el número de bajas de las dos partes contendientes en los combates del martes 11.

El diario del Sr. Ernesto Madero calcula que ascendieron a trescientos muertos y quinientos heridos, cifras que no nos parecen exageradas si se tiene en cuenta el encarnizamiento con que se peleó y duración de la lucha.

Miércoles 12.

La noche no registró al parecer ningún combate formal. Se oyeron con largos intervalos de silencio breves tiroteos y uno que otro disparo de cañón.



Al amanecer, los soldados volvieron a ocupar sus puestos y se rompió el fuego.

Poco después entró por la calle de Zareo una fuerza federal y empezó a tomar posiciones.

Probablemente en la Ciudadela tuvieron noticia de esta circunstancia, porque algunas granadas empezaron a reventar en el camino que seguía la tropa.

Como a las 8 y media una bala de cañón rompió la puerta Mariana del Palacio Nacional y mató al Comandante de la Guardia y a 6 soldados que allí se hallaban, destruyendo a la vez dos fusiles Maxim que por precaución habían sido emplazados en la misma entrada.

El Jefe del Departamento de la Secretaría de Guerra reunió a los empleados para exhortarlos a que ayudaran al Gobierno y tomaran las armas para defender en caso necesario el edificio. De doscientos aceptaron únicamente quince. Los demás dieron un paso al frente para indicar que no estaban dispuestos a sostener al Sr. Madero en la forma que se les pedía. Y las granadas continuaban estallando contra las paredes del viejo palacio vireyrial y enviando en todas direcciones sus fragmentos de hierro.....

A las once la Secretaría de Guerra recibió mil quinientos fusiles Matisser, quince millones de cartuchos y algunas cajas de granadas para cañones Hostchis de 37 mm.

En torno de la Ciudadela seguía con breves tregnas el encarnizado combate.

En la mañana los soldados del 39º Batallón situados rumbo a la Indianilla se retiraron precipitadamente. Las balas crepitaban en las paredes haciendo saltar pedazos de yeso, abrían pequeños surcos en el asfalto, y pasaban silvando musicalmente. La tropa apresuraba el paso, iba casi en fuga con el ansia de alejarse de aquella zona de muerte.

Un paisano que al abrigo de una finca presenciaba el desfile les gritó:

—¿Por qué corren?

Algunos soldados se volvieron coléricos y mataron al desdichado.

El cañón colocado en la esquina del Campo Florido permaneció inactivo todo el día, pues en la tarde aún tenía completa su dotación de parque. Esta pieza se hallaba a cargo de un oficial y dos soldados y era sostenida por un retén de rurales y hombres del 38 Batallón.

Dos oficiales fueron a Tacubaya por dos cañones que allá se encontraban.

En Chapultepec, además de los cadetes, había una guarnición de cien hombres entre rurales y soldados del 1er. Batallón. Fué prohibida terminantemente la entrada al Castillo, y cuantos se aventuraban por el paseo eran inmediatamente detenidos y registrados.

En el llano situado en el lado Poniente de la Reforma fueron emplazadas ocho piezas de artillería con su correspondiente dotación de parque.

Combate en la 6ª Comisaría.

Durante la noche anterior los felicistas habían ocupado el edificio de la 6ª Comisaría y emplazado una ametralladora en la torrecilla. Desde ella hostilizaron continuamente las tropas del Gral. Delgado, distribuidas convenientemente en las calles de Revillagigedo, Victoria, Independencia y San Juan de Letrán. El Gral. Delgado comprendió que era indispensable acabar con ese puesto avanzado, y lanzó su columna contra la Comisaría, entablándose un espantoso combate en que jugó principal papel la artillería. La torre fué abierta a cañonazos, la ametralladora despedazada, muertos la mayor parte de los defensores. Los demás felicistas que se encontraban en el Edificio se retiraron favorecidos por el fuego de las posiciones amigas no sin dejar muchos heridos y muertos en el camino.

Mientras esto pasaba en la 6ª Comisaría, parte de las fuerzas del Gral. Angeles que habían logrado posesionarse del Hotel Imperial era desalojada por el fuego de los revolucionarios apostados en el edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Los soldados volvieron poco después a la carga y fueron nuevamente rechazados hacia el paseo de la Reforma, pasándoles igual cosa con las diversas tentativas que hicieron en el resto del día para recobrar la posición.

Por el Sur las fuerzas del Capitán Robert se hacen fuertes en la Cárcel de Belén y son desalojadas por violentísimo cañoneo.

Introducción de viveres.

El 12 fué día feliz para los revolucionarios, pues lograron introducir a la Ciudadela varios carros de pan y una gran cantidad de leche. De los Grandes Llanos y Clementes Jaques adquirieron además muchos artículos de primera necesidad. Se dijo que la intro-

ducción de víveres se hizo al amparo de la Cruz Roja y con este motivo el gobierno desconoció a la institución y dictó algunas órdenes para que se impidiera a los miembros de ésta el paso por la zona de combate.

El mismo día el gobierno se posesionó de las oficinas de la Compañía Telefónica "Ericsson" y puso allí en calidad de inspector a un diputado apellidado García de la Cadena. Igual cosa trató de hacer con la Compañía de Teléfonos "La Mexicana," pero esta no quiso plegarse a las exigencias del gobierno y no se insistió más por tratarse de intereses americanos.

El Embajador de los Estados Unidos y los Ministros de España y Alemania hicieron una visita al Presidente y hablaron largamente sobre la delicada situación de la República y especialmente de la Capital. El Sr. Madero se mostró muy optimista y sonriendo como siempre aseguró a los diplomáticos que la rebelión sería dominada en 24 o 36 horas.

Embajador y Ministros estuvieron después a ver al Sr. Gral. Félix Díaz en la Ciudadela, donde los recibieron con los honores de ordenanza. A las representaciones que le hicieron, el Jefe sublevado contestó que no había hecho fuego sobre la ciudad sino para repeler el avance de las columnas maderistas. En seguida mostró personalmente la fortaleza a sus distinguidos visitantes para que pudieran apreciar por sí mismos el estado de ella, los elementos de combate con que contaba y la excelente moral de su gente.

Ese mismo día el Presidente Taft celebró una junta extraordinaria para tratar los asuntos de México. Concurrieron el Secretario Knox y los Ministros de Guerra y de Marina. Se acordó enviar buques de guerra a Veracruz, Tampico y Mazatlán.

Los Senadores americanos se negaron a hacer declaraciones. Solo el senador Fillman consintió en decir algo.

"El Presidente Taft,—expresó—debe ser muy cauto a fin de no comprometer a los Estados Unidos en una guerra con México en los momentos de entregar el puesto al sucesor. Ninguna desgracia sería comparable a la de una guerra inícuca en estas circunstancias. Debemos hacer lo estrictamente indispensable para proteger el honor nacional, y si por alguna causa tenemos que mezclarnos en los asuntos de México, hagámonos a un lado lo más pronto posible."

La noticia de la junta causó penosa impresión. El vago peligro de la intervención empezaba a concretarse. Era evidente para todos que si la contienda no terminaba pronto, estallaría sobre la Repú-

blica la temida tempestad. Solo el Sr. Madero sonreía y continuaba diciendo:

—No es nada, no es nada....

Jueves 13.

La Ciudadela y el puesto de la Reforma rompieron este día el fuego, generalizándose después en el resto de las posiciones.

Los cañones y las ametralladoras funcionaron con brevísimas interrupciones hasta las 2.30 p.m., siendo intensísimo el fuego a las 11.30.

Como a las 10 andaba por las calles de Bucareli el aventurero Solón Argüello, seguido por cuatro individuos, haciendo propaganda entre los obreros para que tomaran las armas en favor del Gobierno. Aseguraba a los que se detenían a oírlo que el Gral. Félix Díaz estaba reducido al último extremo y en situación desesperada, y ofrecía buena gratificación a los que lo siguieran. De Bucareli tomó por San Rafael y San Cosme en busca de obreros.

La ciudad sufre este día los más terribles estragos a causa del bombardeo.

En el interior del Casino Americano cayeron siete granadas y destruyeron la biblioteca. En la habitación del Sr. Gral. Samuel García Cuellar, situada en los altos del Hotel Jardín, estallaron tres que hicieron pedazos el mobiliario. En la esquina Oeste del mismo edificio y en el interior cayeron otras bombas que hicieron salir, presas del pánico, a los pasajeros allí alojados.

El Casino Alemán y el Restaurant Berger fueron también alcanzados por algunos proyectiles.

Una bala de cañón rompió la parte superior del edificio de la tienda "Los Tranvías" y fué a pegar después en una pared del Hotel Porter. En "La Ciudad de Londres," en el Centro Vasco y en el Teatro Colón caen otras bombas. Otro proyectil abre una pared en la casa que ocupa la Escuela de Comercio en la esquina de las calles Hombres Ilustres y Mariscala.

En el edificio de "La Mutua" caen tres granadas. La primera, después de atravesar la barda del nuevo Teatro Nacional choca en la parte inferior de aquél. Las otras dos penetran en las oficinas situadas en los pisos segundo y tercero.

Las calles que más daños sufrieron son las de Nuevo México, Victoria, San Agustín, Ayuntamiento y Salto del Agua, al Este; Roma, Prim e Insurgentes, al Noroeste. Rumbo a Jesús María, en la Merced, San Lázaro, Santo Domingo, Santa Ana y Peralvillo cayeron

también algunas granadas. Igual pasó en el Palacio Nacional, especialmente en el Departamento de la Secretaría de Guerra.

Entre el Sr. Dr. Villarreal y el Dr. Alfonso Cabrera, hermano del maderista Blas Urrea, se registró un serio altercado con motivo de las imputaciones que el gobierno hizo a la 'humanitaria' institución de la Cruz Roja. El primero hizo presente al gobierno el alto valor y la respetabilidad de las personas que integraban el personal de la Cruz Roja, que los ponían al abrigo de cualquier sospecha. No obstante esto, el gobierno insistió en su actitud y los automóviles de la Cruz Roja dejaron de verse en las calles de la Capital, no cumpliendo su peligrosa tarea de recoger a los que caían heridos en el fragor del combate.

Ya muy avanzado el día fueron replegados hacia los talleres del Palacio de Hierro los dos cañones que estaban emplazados en Campo Florido.

Los rurales apostados en la calle de Bolívar fueron atacados vigorosamente y huyeron hacia el Oriente, por la calle Flamencos.

Al caer la tarde, gobiernistas y sublevados conservaban más o menos las mismas posiciones. La ciudad estaba silenciosa. Grupos de gente del pueblo discurrían por algunas calles comentando las últimas peripecias del combate. Reían y conversaban abrigados detrás de las esquinas, presintiendo al parecer la proximidad de la paz. Notábase entre ellos la ausencia de porristas. Se diría que la tierra se había tragado a todos los miembros de la benemérita (?) institución del maderismo.

Viernes 14

Apenas rotas las hostilidades un grupo de soldados del 20º Batallón de Infantería se rebela en las calles del 16 de Septiembre, matando a dos de los oficiales e hiriendo gravemente a otro que fué conducido poco después al hospital.

Al insubordinarse los soldados, arrojaron sus fusiles al suelo, y lamentándose de estar hambrientos y de no haber recibido todavía los haberes de los últimos días, se negaron a marchar a la zona de fuego.

Dominados inmediatamente por los compañeros que habían permanecido fieles al gobierno, fueron llevados al Palacio Nacional, donde cuatro de ellos, considerados jefes del motín, pagaron con su sangre el delito cometido.

Conferencias infructuosas.

A medio día se pactó una pequeña tregua.

Con motivo de una reclamación presentada el día anterior por la Legación Inglesa, el Gral. Angeles tuvo una breve entrevista con el Sr. Lic. de la Barra, de la cual resultó que el Presidente Madero, que tuvo conocimiento de lo ocurrido, comisionara al mencionado militar para que le dijera al Sr. de la Barra que fuera a Palacio.

Presidente y ex Presidente celebraron una larga conferencia y en ella el primero autorizó al segundo para que hablara con los Sres. Generales Díaz y Mondragón sobre la manera de resolver satisfactoriamente la grave situación en que se encontraban.

El Sr. de la Barra se dirigió entonces a la Ciudadela, acompañado de su hermano Don Luis y del Capitán Cueto, en un auto con bandera blanca. Recorriendo diversas calles, aclamado por los grupos de curiosos, se detuvo en la calle de Dinamarca y abandonando en ese lugar el auto se encaminó directamente a la Ciudadela. Allí se encontró con el Sr. Ministro de España, que estaba conferenciando con el Sr. Félix Díaz, y esperó algunos momentos. Después que se despidió el Sr. Cologan y Cologan, el Sr. de la Barra habló como una hora con los Sres. Grales. Díaz y Mondragón, exponiéndoles las delicadas circunstancias en que se encontraba el país y el peligro de que se viera envuelto en conflictos internacionales como consecuencia de la revuelta. Los jefes revolucionarios le indicaron en contestación que no podían entrar en negociaciones con el gobierno sino sobre la base de la renuncia del Sr. Madero y de todo su gabinete, y que ratificaban a este respecto cuanto acababan de manifestar al Sr. Ministro de España.

El Sr. de la Barra regresó a Palacio a dar cuenta al Sr. Madero del resultado de sus gestiones.

En la conferencia que se celebró estuvieron presentes algunos miembros del Gabinete y el Sr. Gustavo Madero.

Dícese que hubo un momento en que el Sr. Madero, impresionado por las palabras del Sr. de la Barra, que le exponía con toda franqueza la gravedad de la situación, los males que sufría el pueblo de la Capital, orillado al hambre y a la muerte, la destrucción inevitable de las únicas fuerzas organizadas para la defensa de la Patria, estuvo a punto de ceder; pero que el Sr. Gustavo Madero intervino en ese segundo de vacilación y cambió totalmente el curso de las ideas del Presidente.

Y, alentado por las palabras de su hermano, el Sr. Madero volvió a afirmarse en su primitivo propósito de sostener hasta el fin la llamada legalidad, y manifestó que moriría en su puesto.

*
*
*

El fuego de las ametralladoras y los cañones vino a desvanecer las

halagüeñas esperanzas que empezaba a alimentar el pueblo y la mantanza de hermanos continuó ensangrentando las calles hasta que la noche se adueñó de la Metrópoli, y los focos eléctricos comenzaron a parpadear en las sombras.

En la jornada de este día fueron casi destruidos el edificio de la Legación de Bélgica y algunas casas inmediatas a la Glorieta Cuah-temec.

A medio día cayeron varias granadas en la elegante casa que el Sr. Francisco I. Madero sr. poseía en la calle de Berlín y la incendiaron. Debido a que había guardado allí una considerable cantidad de parque, el fuego tomó rápidamente gran incremento, y de la hermosa construcción sólo quedaron las paredes ennegrecidas. Se dice que fueron enviados oportunamente algunos rurales desarmados a combatir el incendio, pero que nada pudieron hacer a causa de los pocos elementos con que contaban para ello.

Los felicistas conservaron su posición de la garita de Belém, lo mismo que las que tenían en la Piedad.

Un repórter pasó por Dinamarca y aprovechó la ocasión para hablar con los rurales estacionados en ese lugar. Los infelices no habían comido en dos días más alimentos que los pocos que podía proporcionarles la caridad pública y desfallecían de hambre.

Igual cosa parece que pasaba en algunos otros puestos.

Rumbo a San Juan de Letrán se empeñó en las últimas horas de la tarde un combate muy reñido en que las fuerzas del gobierno tuvieron bastantes bajas.

Desde el lunes a medio día habían sido colocados en la calle de San Juan de Letrán dos cañones. El jueves en la noche fueron llevadas estas piezas a los puestos del sur, donde estuvieron funcionando al iniciarse el combate en la mañana. Poco después las quitaron de ese lugar y las llevaron a la calle de Aldaco, probablemente con la intención de proteger el avance de alguna columna de infantería. Los felicistas no pudieron determinar por lo pronto la situación de las piezas y con el fin de fijarla empezaron a arrojar una lluvia de granadas entre San Felipe Neri y las Vizcainas y hacia la parte Este de la de Aldaco.

Algunas bombas explotaron en el aire sobre el distrito del Salto del Agua, sembrando el terror entre sus moradores, muchos de los cuales salieron en ropas menores para escapar del peligro.

Otro de los combates de importancia que se registraron ese día tuvo lugar en la calle del Puente de Peredo.

Parece que las fuerzas del gobierno previeron un ataque por este rumbo, pues poco antes de amanecer, un auto con las luces apa-

gadas se detuvo frente a los cuarteles de la gendarmería montada que existen en dicha calle, y se llevó las máquinas de escribir y los documentos de las oficinas.

Cuando amaneció habían desaparecido los gendarmes.

Los sublevados llegaron en su avance hasta el cuartel de Peredo, pero se retiraron momentos después, batidos por el fuego vivo y certero que les hacían de las alturas de los edificios inmediatos.

Mientras estos movimientos se efectuaban en la calle del Puente de Peredo, una columna federal avanzó por el Sur de la Ciudadela y tomó posiciones a lo largo de la línea divisoria de la Colonia Roma.

Los felicistas se dieron cuenta de esta maniobra y destacaron un escogido grupo de tiradores a impedirla. Unos y otros rompieron el fuego en las cercanías de la Embajada Americana y las balas comenzaron a silvar en todas direcciones. Un curioso fué muerto cerca del edificio de la Embajada.

La Cruz Blanca Neutral.

El gobierno desconoció el día 14 a la Cruz Blanca Neutral.

Hablando de esto un periodista con un caracterizado miembro de la institución, le dijo el abnegado filántropo:

Tuvimos informes exactos de que el Sr. Federico González Garza y el Jefe de Redacción de "Nueva Era" usaban indebidamente los brazales de la Cruz Blanca, y con este motivo se envió una enérgica nota a ambas partes contendientes, notificándoles que no debería ninguna de ellas emplear los distintivos de la institución.

Media hora después, el Presidente de la Cruz recibía una comunicación en que el gobierno desconocía a la institución y prohibía a sus miembros que recorrieran las calles recogiendo heridos.

Confirmando esta inexplicable disposición, las fuerzas del gobierno detenían en la calle un automóvil de la Cruz Blanca y llevaban a sus tripulantes al Palacio Nacional, donde el Sr. Francisco Cosío Robelo se permitió ultrajarlos brutalmente en pago de los peligros que hasta entonces habían corrido en su generosa tarea de atender a los heridos abandonados en la vía pública.

Junta de Senadores.

Durante la noche del 14 al 15, se contaron en las filas del Gobierno muchas deserciones a causa del desaliento que infundía en algunos soldados la esterilidad de los ataques. Aprovechando los momentos de confusión se introducían a las casas y, de grado o por fuerza, obtenían ro-



pa para cambiar el uniforme y salir a la calle. Otros se concretaban a tirar las armas y escapaban a toda carrera de la zona de peligro, perdiéndose en las bocacalles cercanas.

En la misma noche un numeroso grupo de senadores celebró una junta en la casa del Sr. Don Sebastián Camacho con el fin de cambiar impresiones e intentar alguna cosa para poner término a la aflictiva situación de la Capital.

Estuvieron en ella los Sres. Lascurain, Sebastián Camacho, Jesús Flores Magón, Francisco León de la Barra, Guillermo Obregón, Gral. Luis C. Curiel, Ricardo Guzmán, Emilio Rabasa, Rafael Pimentel, Gral. Izaguirre, Tomás Macmanus, Víctor Manuel Castillo y Juan G. Fernández, quienes después de prolongada discusión acordaron nombrar una comisión para que se acercara al Ejecutivo, y nombraron para el caso a los Sres. Guillermo Obregón y Gumersindo Enriquez. Este último caballero no había concurrido a la junta y cuando se le comunicó la resolución tomada por sus compañeros, se negó a salir fuera de su casa, alegando la absoluta falta de garantías, por lo cual se citó para nueva junta en el local de la Cámara de Diputados.

Percances del Oficio.

El Sr. Jorge Rodríguez, repórter de *El Independiente*, estuvo a punto de ser víctima del celo de los gobiernistas. Con permiso del Mayor Quiñones, que se hallaba con sus fuerzas en la calle Cuauhtemoc, pasó hacia el campamento del Coronel Francisco Romero, Presidente de la Cámara de Diputados, y allí fué detenido por varios soldados. Al ser interrogado, manifestó que era repórter de *El Independiente*, y entonces algunos individuos que se hallaban presentes y que al parecer no tenían ningún mando, lo abrumaron a cargos.

Ese repórter—dijeron—es del periódico de Braniff, del periódico antigobiernista que iba a publicar el manifiesto de Félix Díaz. Con toda seguridad que se trata de un espía.

Los soldados no necesitaron más explicaciones. Momentos después el Sr. Rodríguez estaba en medio de la calle, con dos centinelas de vista.

Se asegura que el Coronel Romero, al tener conocimiento de la detención, ordenó que se hiciera fuego sobre el detenido a la primera granada que cayera en el campamento.

Durante su permanencia allí, el repórter supo que el día anterior los felicistas les habían inutilizado cuatro piezas a las tropas gobiernistas: dos en Campo Florido y dos en el Niño Perdido.

Cerca de las cuatro de la tarde fué puesto en libertad.

Minutos después estalló una bomba en el campamento. Si hubiera estado en él, probablemente los soldados cumplen las órdenes del Coronel y el Sr. Rodríguez paga con la piel la buena puntería de los defensores de la Ciudadela.

Sábado 15.

Los senadores que la noche anterior concurrieron a la junta celebrada en la casa del Sr. Don Sebastián Camacho se reunieron á las nueve de la mañana en el local de la Cámara de Diputados, con el fin de discutir la situación. El Sr. Senador Diego Fernández era uno de los más exaltados.—Señores, dijo, no tenemos tiempo para deliberar; hay que obra inmediatamente. Y el anciano jurisculto, que tanto se había distinguido por su maderismo agudo, propuso que los Senadores que concurrieron a la junta anterior fueran al Palacio Nacional y pidieran, en nombre de la Patria, su renuncia a los Sres. Madero y Pino Suárez.

Aprobada la iniciativa, salieron en comisión los Sres. Senadores Camacho, y Obregón, y al llegar a Palacio se les dijo que el Sr. Madero no podía recibirlos.

La comisión pudo, sin embargo, hablar con el Sr. Ernesto Madero, quien les manifestó que no había por de pronto ningún peligro de intervención a pesar de los informes del Sr. Lascurain en sentido contrario.

Parece que el grupo gobiernista que en los últimos momentos rodeaba al Sr. Madero, trabajó sin descanso para nulificar todas las gestiones que se hacían en favor de la paz, inclinando el ánimo del Presidente a continuar la resistencia, sin importarles la tremenda tempestad que en esos momentos críticos se cernía sobre el país.

Entre estos elementos intransigentes se singularizaron según se dice, los Sres. Magaloni y Salvador Gómez, el llamado senador salvaje, quienes aducían que la renuncia de los Sres. Madero y Pino Suárez en vez de conjurar el peligro inminente de la intervención, solo serviría para provocar nuevos levantamientos en los Estados de Nuevo León, Tabasco, Campeche, San Luis Potosí y Yucatán.

Indignados por el desaire los senadores se retiraron para continuar sus gestiones cerca del Sr. Gral. Huerta en cuyas manos se encontraba en esos momentos solemnes la suerte de la República.

El combate continuó todo el día y parte de la noche sin ventaja aparente para ninguno de los dos bandos. A cada ataque de los federales contestaban los felicistas con una granizada de balas que hacía retroceder a los soldados. La posición parecía inexpugnable y la tenacidad del gobierno solo conseguía aumentar el número de víctimas.

En la noche se pactó una tregua de 24 horas que debería empezar a las 2 de la mañana; y la población, desesperada por tantos días de forzosa reclusión, salió el domingo a recorrer las calles, ansiosa de ver de cerca los estragos causados por la lucha.

Domingo 16.

Una inmensa multitud discurría por la zona inmediata a la Ciudadela. Los soldados ocupaban sus puestos avanzados. Con el arma al brazo, silenciosos, tranquilos, veían destilar a los curiosos.—Cerca, separados únicamente por una cuadra, estaban las avanzadas felicistas. Grupos de transeútes se arremolineaban en torno de los soldados y cadetes, preguntando detalles de lo ocurrido en la Ciudadela.—Un joven aspirante apostado en el cruce de las calles de Balderas y Nuevo México, exageraba sonriendo alegremente:—¿Tomar la Ciudadela? Cuando la rana erie pelos.—Tenemos en ella ocho mil hombres.....

En algunas partes, sobre el asfalto, en medio de la calle, ardían los cadáveres empapados en petróleo de los que habían sucumbido en la última refriega.

Los curiosos se detenían, horrorizados, ante estas hogueras humanas con que el Sr. Madero rindió culto en sus últimos días al tremendo Moloch de su legalidad.

Cerca de las dos de la tarde, y cuando la animación era mayor, empezaron a circular rumores de que se reanudaría la lucha antes de que concluyera el armisticio, y los más prudentes regresaron apresuradamente a sus casas.

Como a las 2 y 20 se dejaron oír algunos disparos y después el siniestro crepitar de una ametralladora.

Los rezagados en las inmediaciones de la Ciudadela huyeron a toda carrera.

¿Quién rompió el armisticio?

El Gobierno, para disculparse, hizo publicar en hoja suelta el siguiente parte subscrito por el Capitán Montes:

"Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de Ud. que encontrándome en la esquina de las calles de Victoria y Ancha, desempeñando una comisión del Sr. Presidente de la República, cerca del Teniente Coronel Ednardo Ocaranza, vi, por indicación del Sargento Jefe de una pieza instalada en esa esquina, la maniobra que los soldados rebeldes hacían para instalar una pieza de artillería en la esquina de las calles Balderas y Victoria; así mismo observé que los soldados felicistas dispararon los primeros sobre las tropas leales al estar haciendo la maniobra indicada. Como a la hora que sucede esto, que son

las dos y treinta, está vigente el armisticio pactado con dichos rebeldes, procedo a darle este parte, a fin de que llegue a su superior conocimiento.

Hago consar que la pieza a que me refiero fué instalada, por no haber querido las tropas leales violar el armisticio pactado, y, si dichas tropas contestaron al fuego de los rebeldes, fué hasta después que éstos mataron a dos artilleros pertenecientes a la pieza que con anterioridad estaba instalada en la esquina de la calle a que me he referido primero.

Tengo el honor, mi General, de hacer a usted presente mi subordinación y respeto.

Libertad y Constitución, México, 16 de Febrero de 1913.

CAPITAN FEDERICO C. MONTES."

Los felicistas echaron, por su parte, la culpa a las tropas del Gobierno.

Se dijo a este respecto, que los defensores del Sr. Madero trataron de emplazar una batería al abrigo de la avalancha de curiosos que se aglomeraban en las principales líneas de fuego, y que a esto se debió que los sublevados no respetaran la tregua.

Según otra versión, un grupo de rurales y otro de felicistas que se hallaban muy cerca, comenzaron a cambiarse palabras injuriosas, y ya encolerizados echaron mano a sus armas y concluyeron a tiros, sin cuidarse del peligro que pudieran correr los neutrales.

Roto el fuego, continuó sin interrupción hasta media noche.

El Sr. Gral. Félix Díaz.

Algunas personas pudieron ver ese día al Sr. Gral. Félix Díaz. Estaba tranquilo y confiado en el triunfo. A propósito de unas hojas anónimas que habían circulado la vispera, dictó a uno de sus ayudantes la siguiente protesta:

AL PUEBLO MEXICANO.

Ha llegado a mi conocimiento que han circulado anónimos de procedencia maderista, en que se dice que yo prefiero la intervención extranjera antes que se salve el gobierno maderista.

Soy patriota de convicción y de aboedgo, cualidades que no tienen mis cobardes detractores que se ocultan tras el anónimo.

El pueblo mexicano, por quien son todos mis esfuerzos, sabe que soy incapaz de anteponer nada a mi pataiotismo.

Firmado: FELIZ DIAZ.

Cuartel General del Ejército Revolucionario en la Ciudadela, febrero 16 de 1913."

El Jefe revolucionario recibió en la misma fecha, por conductos ignorados, los siguiente mensajes:

"Nueva York, 10 de febrero.—Agradésc le contestación. Hoy publico sus telegramas. Trabajo activamente evitar intervención.—Firmado: HERIBERTO BARRON."

"París, 11 de febrero.—Prensa francesa reunida simpatiza con su causa. Adelante."

"Chicago, 13 de febrero.—Ofrézcole tres millones dólares en simpatía causa. Suficiente garantía su actitud ejecutiva. Firmado: William Carper."

El Sr. Gral. Félix Díaz hizo contestar a este sindicato de banqueros que la revolución contaba con fondos mexicanos y rehusaba, agradeciéndolo, el espontáneo ofrecimiento, que su patriotismo le vedaba aceptar.

Mensaje amenazante.

El día 14 había dirigido el Sr. Madero un mensaje suplicatorio al Presidente Taft. A pesar de su enfermiso optimismo llegó a temer que el Gobierno americano, en vista de los graves acontecimientos que se desarrollaban en la Capital, pensara en medidas extremas, y pidió algunos días de espera, ofreciendo, como siempre, restablecer en breve la paz.

El Presidente Taft contestó el día 16 con el siguiente mensaje, en que al través del suave y cortés lenguaje diplomático se advierte la gravedad de las intenciones que animaban en aquellos días al Gobierno americano.

"Washington, 16 de Febrero de 1913.

A su Excelencia Francisco I. Madero, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.—México.

Por el texto del mensaje de su Excelencia que recibí el día 14, se desprende que ha sido mal informado respecto de la política de los Estados Unidos hacia México, la que por dos años ha sido uniforme, así como también respecto a las medidas navales o de cualquiera otra índole que hasta aquí se han tomado, medidas que son de precaución natural, y ya el Embajador me telegrafió

que cuando usted fué bastante bondadoso para mostrarle su telegrama a mí dirigido, hizo notar a usted este hecho.

En consecuencia, su Excelencia debe estar advertido de que los informes que se dice han llegado a usted, relativos a que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas, han sido inexactos. Sin embargo, el Embajador, que está plenamente informado, ha recibido instrucciones para proporcionar a usted los informes que desee.

Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad a México, después de dos años de paciencia y buena voluntad.

En consideración a la especial amistad y a las relaciones existentes entre arabos países, no puedo llamar lo bastante su atención a su Excelencia sobre la vital importancia del pronto restablecimiento de esa paz real y orden que este gobierno ha esperado ver establecido, ya porque los ciudadanos americanos y sus propiedades tienen que ser protegidos y respetados, cuanto porque esta nación simpatiza profundamente con las aflicciones del pueblo mexicano.

Récíprocamente a la ansiedad manifiesta en el mensaje de su Excelencia, creo de mi deber añadir sinceramente y sin reserva, que el curso de los acontecimientos durante los últimos años y que hoy culminan en una situación muy peligrosa, crea en este país un pesimismo extremo y la convicción de que el deber imperioso de estos momentos está en aliviar pronto la actual situación.

WILLIAM H. TAFT."

Lunes 17.

En la mañana circularon versiones diversas acerca de un próximo asalto.

Nada, sin embargo, ocurrió.

Las tropas continuaron batiéndose desde sus respectivas posiciones sin avanzar ni retroceder.

Recursos desesperados.

A la caída de la tarde se propaló una versión de suma gravedad. La Capital iba a entrar en el reinado del terror.

Decíase que un Capitán de artillería, disfrazado de paisano, había sido sorprendido rumbo a San Agustín en momentos en que hacia fuego a las fuerzas gobiernistas, y que al ser detenido y registrado se le habían encontrado documentos comprometedores



para conocidos personajes a quienes se creía complicados en el movimiento revolucionario, figurando entre ellos los Sres. de la Barra, Alberto García Grandos, Querido Mobero, Nemesio García Naranjo, Carlos Pereyra, José María Lozano, Jesús Rábago y Francisco M. de Olaguibel.

Lo cierto es que el gobierno dictó algunas órdenes de prisión y se efectuaron infinidad de cateos que no dieron ningún resultado, porque parte de los sospechosos se habían incorporado al grupo defensor de la Ciudadela y parte se había ocultado, previendo que los parciales del Sr. Madero, al verse perdidos, no se detendrían ante ningún atentado.

El Sr. de la Barra se había refugiado desde la víspera en la Embajada Americana y la noche del 17 al 18 durmió en la Legación Inglesa.

Al oscurecer pasó por la avenida de los Hombres Ilustres, rumbo al Palacio Nacional, la columna del General Blanquet que desde su llegada de Toluca permanecía acampada en Tacuba.

La entrada de esta fuerza hizo creer a los que la presenciaron, que en la noche se daría a la Ciudadela un ataque desesperado en que morirían centenares de soldados; pero las horas pasaron en relativa tranquilidad y al amanecer no se notó en la zona de combate nada que indicara la proximidad de un choque sangriento y definitivo.

Martes 18.

Diversas versiones se han publicado acerca de los sucesos que se registraron en este día memorable en que naufragó para siempre el nefasto régimen maderista.

En muchas se han adulterado los hechos; en otras se han inventado detalles que no ocurrieron.

En la imposibilidad de comprobar por ahora los distintos relatos que se han escrito sobre la espantosa tragedia en que estuvimos a punto de perder hasta la nacionalidad, nos concretamos a reproducir el siguiente, por estar más de acuerdo con los datos que personalmente hemos podido recoger en el mismo teatro de los sucesos.

Que se acabe el ejército pero que se tome la Ciudadela.

No era posible tomar la Ciudadela de un momento a otro como lo quería el ex-Presidente Madero y su hermano el jefe de "La

Porra," Gustavo, quienes daban muestras de impaciencia llamando a toda hora al General Huerta para darle órdenes, pues según ellos no podía tardarse por un día más el asalto, y costara lo que costara, debía estar la Ciudadela en posesión del Gobierno, cuando más tarde el martes.

El General Huerta llamó al General Aureliano Blanquet la noche del lunes y le dijo que había que buscar la manera de evitar la efusión de sangre, porque tanto don Francisco I. Madero como su hermano don Gustavo y Pino Suárez, pretendían que aunque se acabara el Ejército había que dar el asalto al día siguiente.

Después de estar deliberando por espacio de varias horas, encerrados en la Comandancia Militar con el Coronel Jefe del Estado Mayor, García Hidalgo y el Cor. Rubio Navarrete, se llegó al acuerdo de que debía exigirse la renuncia del señor Madero en vista de sus innúmeros desaciertos para gobernar y su ningún patriotismo.

La misma noche del martes se cambiaron los guardias de Palacio, quedando los gendarmes montados en el interior y apostados en las tres puertas y en los patios, los soldados del 29 Batallón de Infantería que es a las órdenes del General Blanquet.

El martes y como de costumbre, al amanecer, mandó llamar el ex-Presidente Madero, con su ayudante el Capitán Federico Montes, al General Huerta.

La orden que recibió el viejo soldado fué seca y terrible:

"Esta noche aunque solo quede un soldado, dará usted el asalto a la Ciudadela; espero que me comunicará usted a cualquiera hora de la noche que han acabado con el Ejército, pero que está el Gobierno en posesión de la Ciudadela."

—Muy bien, replicó el General Huerta y se retiró.

La mañana del martes, con el mayor sigilo se estuvieron llamando a Palacio a varios de los Generales que estaban encargados de las diversas columnas de ataque a la Ciudadela, con excepción de los señores Delgado, Angeles y Sanginés. Todos estuvieron de acuerdo en exigirle la renuncia a Madero y su Gabinete, dando su palabra de honor de que no externarían una sola palabra de aquel acuerdo para evitar que escapasen algunos de los Ministros, y principalmente el jefe de la Porra, Gustavo Madero.

A las dos de la tarde en punto, se ordenó que todas las casas que rodeaban Palacio, fuesen cerradas, así como las ventanas. El